



FRANCIA COMBATIENTE DE DUNKERQUE A BELFORT



EDITH WHARTON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE
Pilar Adón

INTRODUCCIÓN DE
Yolanda Morató

EL PANTEÓN PORTÁTIL DE IMPEDIMENTA 2009



UNO



LA IMAGEN DE PARÍS

AGOSTO DE 1914 - FEBRERO DE 1915

ARMÉE DE TERRE ET ARMÉE DE MER



ORDRE DE MOBILISATION GÉNÉRALE

Par décret du Président de la République, la mobilisation des armées de terre et de mer est ordonnée, ainsi que la réquisition des animaux, voitures et harnais nécessaires au complément de ces armées.

Le premier jour de la mobilisation est le *Dimanche 2 Août*

Tout Français soumis aux obligations militaires doit, sous peine d'être puni avec toute la rigueur des lois, obéir aux prescriptions du **FASCICULE DE MOBILISATION** (pages colorées placées dans son livret).

Sont visés par le présent ordre **TOUS LES HOMMES** non présents sous les Drapeaux et appartenant :

1° à l'ARMÉE DE TERRE y compris les **TROUPES COLONIALES** et les hommes des **SERVICES AUXILIAIRES**;

2° à l'ARMÉE DE MER y compris les **INSCRITS MARITIMES** et les **ARMURIERS** de la **MARINE**.

Les Autorités civiles et militaires sont responsables de l'exécution du présent décret.

Le Ministre de la Guerre.



Le Ministre de la Marine.



«iMOVILIZACIÓN GENERAL!»

I

Agosto

EL DÍA 30 DE JULIO DE 1914, tras salir de Poitiers con dirección norte, almorzamos bajo los manzanos en un lugar próximo a la carretera, a los pies de una pradera. Ante nuestros ojos, a derecha e izquierda, se extendían nuevos terrenos agrestes que conducían hacia un bosque y hacia la torre del campanario de un pequeño pueblo. Todo a nuestro alrededor desplegaba la tranquilidad del mediodía, y nos mostraba esa sobria disciplina que con tanta facilidad la memoria del viajero está dispuesta a evocar como propia del paisaje francés. A veces, estos campos divididos por simples muros de piedra y esas aldeas grises y compactas pueden parecerle, incluso a alguien acostumbrado al lugar, espacios monótonos e insulsos; en cambio, en otros momentos, una imaginación sensible es capaz de captar en cada pedazo de tierra, e incluso en cada surco, la vigilante e incesante fidelidad que generaciones y generaciones vinculadas a la tierra han mantenido hacia ella. El propio pedazo de paisaje que se mostraba ante nosotros nos hablaba, línea a línea, de ese mismo vínculo. El aire parecía llegarnos cargado de los prolongados murmullos del esfuerzo humano, del ritmo de las labores que han de repetirse una y otra vez, y la serenidad de la escena parecía alejar de nosotros con

una sonrisa los rumores de guerra que nos venían persiguiendo desde el inicio de la jornada.

El cielo estuvo todo el día cubierto de nubes que amenazaban tormenta, pero cuando llegamos a Chartres, a eso de las cuatro, las nubes se habían desplazado hacia el horizonte y la ciudad se mostraba tan bañada de la luz del sol que entrar en la catedral fue como adentrarse en la densa oscuridad de una iglesia española. En un primer momento los detalles resultaron imperceptibles. Nos hallábamos en medio de una noche oscura. Pero luego, a medida que las sombras fueron diluyéndose de manera gradual, agazapándose entre los pilares, la bóveda y las nervaduras, se abrieron paso, rotundas, las vidrieras y sus grandiosas cascadas de color. Enmarcadas por una profunda oscuridad, pero sumidas en el resplandor de un radiante sol de mediados de verano, aquellas familiares ventanas parecían singularmente remotas y, al tiempo, inmensamente vívidas. Tan pronto ampliaban sus límites semejando estanques de contornos oscuros aunque salpicados de los brillos del atardecer, como centelleaban mostrándose amenazantes cual escudo de un ángel guerrero. Unas eran cataratas de zafiros, otras rosas que se derramaban de la túnica de un santo; unas eran fabulosas bandejas talladas sobre las que se esparcían las vestiduras celestiales, otras velas de galeones con destino a las islas de la Púrpura. Y, en el muro occidental, las dispersas llamas procedentes del rosetón que pendía como una constelación en la noche africana. Cuando el espectador retiraba los ojos de tan armoniosas y etéreas formas, las oscuras masas de mampostería que se ubicaban bajo ellas —veladas y envueltas todas ellas en

una neblina azuzada por las humildes luces del altar— parecían simbolizar la vida sobre la tierra, con sus sombras, sus incómodas distancias y sus pequeñas islas de ilusión. Todo lo que una gran catedral puede representar, todos los significados que es capaz de expresar, todo el poder tranquilizante que puede llegar a infundir sobre el alma, toda la riqueza de detalles que puede fusionar en una gran manifestación de fuerza y belleza... Todo eso nos lo ofreció la catedral de Chartres en aquella hora perfecta.

Anocheecía cuando llegamos a las puertas de París. Desde Saint-Cloud y Suresnes se podía percibir cómo palpitaba el Sena con el brillo azul-rosado del primer Monet. El Bois se extendía junto a nosotros en la quietud propia de una noche de verano, y el césped de Bagatelle se mostraba tan agradable como en el mes de junio. Bajo el Arco de Triunfo, los Campos Elíseos se deslizaban pendiente abajo arropados por el velo de la polvorienta luz del sol, hacia la bruma de las fuentes y del etéreo obelisco; y el curso de la vida estival fluía y refluía bajo los árboles de las avenidas adyacentes, marcado por el ritmo de lo cotidiano. La gran ciudad, erigida para la paz y el arte y para todas las cualidades inherentes a la condición humana, parecía yacer junto al río como una princesa custodiada por el cuidadoso gigante de la Torre Eiffel.

Al día siguiente, el aire amaneció cargado de rumores. Nadie los creía, pero todo el mundo se hacía eco de ellos. ¿Guerra? ¡Desde luego que no habría ninguna guerra! Los gabinetes ministeriales estaban de nuevo, como niños traviesos, caminando por el borde del precipicio, pero la férrea tendencia a que las cosas siguieran como estaban y la

necesidad de continuar con los asuntos de la vida cotidiana lograron mantenerse de manera calmada y convincente para afirmarse contra el incesante intercambio de consignas diplomáticas. París siguió de forma ininterrumpida con las tareas propias de un verano ya avanzado: alimentar, vestir y divertir al gran ejército de turistas, el único invasor, de hecho, que la ciudad había visto desde hacía casi medio siglo.

No obstante, cada uno de nosotros sabía que también se estaban preparando otras operaciones. Ese tapiz de rutina aparentemente intacto que se extendía por el país se dejaba atravesar por silenciosos e invisibles hilos de preparativos, que se podían sentir en el calmado ambiente, igual que se percibe un inminente cambio de temperatura en la fragancia de una tarde perfecta. París contaba los minutos que quedaban para la salida de los periódicos vespertinos.

Periódicos que no contaban nada o, al menos, muy poco más de lo que ya sabían todos los ciudadanos a lo largo y ancho del país.

—*No queremos una guerra, mais il faut que cela finisse!**

«Es necesario que esto acabe»: esa era la frase que estaba en boca de todos. Si la diplomacia podía evitar la guerra, tanto mejor: nadie en Francia la quería. Cualquiera que hubiera pasado los primeros días de agosto en París podría dar fe de que este era el espíritu generalizado. Pero si tenía que haber una guerra, entonces el país y cada una de sus almas estarían preparados para afrontarla.

*. Del fr. «Pero es necesario que esto acabe». (*Todas las notas son de la traductora.*)

En el taller de la modista, a la mañana siguiente, los cansados trabajadores se preparaban para las vacaciones. Estaban pálidos y ansiosos. Decididamente, el aire se había cargado de una desconfianza que resultaba novedosa. En la rue Royale, en la esquina de la place de la Concorde, había unas cuantas personas detenidas leyendo una pequeña tira de papel blanco adherida a una pared del Ministerio de la Marina. «Movilización general», rezaba el papel. Y una nación armada sabe lo que eso significa. No obstante, el grupo formado en torno a aquel papel no era muy numeroso, y se mantenía tranquilo. Los transeúntes leían el anuncio y seguían su camino. No hubo ovaciones ni gestos grandilocuentes: el aviso era ya lo suficientemente dramático como para fuera necesario dramatizarlo aún más. Como un monstruoso desprendimiento de tierra, el anuncio había ido a caer sobre el camino de una laboriosa y disciplinada nación, alterando su rutina, aniquilando sus industrias, desgarrando a sus familias, y enterrando bajo un montón de ruinas sin sentido la paciente y dolorosamente forjada maquinaria de la civilización.

Esa misma noche entramos en un restaurante de la rue Royale, y nos sentamos junto a una de las ventanas abiertas, a la altura de la calle. Desde allí vimos desfilar ante nuestros ojos nuevos y extraños grupos de gente. Pudimos comprobar cómo, en un abrir y cerrar de ojos, se ponía en marcha una movilización. Era como una tremenda interrupción en el flujo normal del tráfico; como la repentina ruptura de un dique. La calle se vio invadida por un torrente de personas que se deslizaban a nuestro lado en dirección a las distintas estaciones de ferrocarril. Todos iban

a pie, cargados con su equipaje; no había vuelto a verse un coche, un taxi o un autobús desde el amanecer. El Ministerio de la Guerra había arrojado su red de arrastre, y había atrapado a todo el mundo en ella. La multitud que pasaba junto a nuestra ventana se componía principalmente de reclutas, los *mobilisables* de primera hora, que se encaminaban a la estación acompañados de sus familiares y amigos. Pero entre ellos había también pequeños grupos de turistas desconcertados que avanzaban cargados de bolsas y fardos, y que observaban cómo alguien transportaba, ante ellos, su equipaje en carretillas. Parecían niños abandonados y perplejos, inarticulados, atrapados en un remolino de mareas rumbo a la vorágine.

En el restaurante, una banda compuesta por músicos vestidos de rojo, muy conscientes de su condición de franceses, sembraba el lugar de música patriótica, y los intervalos entre los primeros y los segundos platos (cada vez con menos camareros para llevarse unos y traer los otros) se veían interrumpidos por la siempre recurrente obligación de ponerse en pie para oír *La Marsellesa*, de volver a hacerlo para oír el *God Save the King*, de nuevo para el Himno Nacional de Rusia, y vuelta a empezar para *La Marsellesa* una vez más.

—*Et dire que ce son des Hongrois qui jouent tout cela!**
—observó una voz burlona desde la acera.

A medida que transcurría la noche, y los grupos que avanzaban por delante de nuestra ventana se hacían más numerosos, todos empezaron a unir sus voces en las can-

*. Del fr. «¡Quien diría que los que tocan son húngaros!».

ciones de guerra. *Allons, debout!* Y la ronda de obligaciones patrióticas comenzaba de nuevo. Solicitaban con frecuencia *La chanson du départ*, que el coro de espectadores entonaba con determinación. La nota preponderante en la calle era una especie de disposición silenciosa. Mientras bajaban por la rue Royale hacia la Madeleine, las bandas de los demás restaurantes atraían a otros grupos, y los estribillos castrenses se iban encadenando a lo largo del bulevar, como se encadenaban sus guirnaldas de lámparas de arco. Fue una noche de aclamaciones y cánticos, no bulliciosos, ciertamente, pero sí valientes y decididos. Era un magnífico exponente de lo mejor de la *badauderie* parisina.

Mientras tanto, más allá de la hilera de ociosos, seguía vertiéndose el flujo constante de reclutas. Sus esposas y familiares los escoltaban penosamente, cargando con todo tipo de extraños e improvisados paquetes y bolsas. Entre toda esta confusión externa, afloraba no obstante una alegre firmeza de espíritu. Los rostros que pasaban sin cesar ante nosotros se mostraban graves, pero no tristes; tampoco había en ellos el menor rastro de desconcierto. En sus ojos se adivinaba la mirada fija del ganado conducido por el hombre. Todos esos jóvenes, muchos de ellos casi unos chiquillos, parecían saber perfectamente lo que estaban a punto de hacer y por qué. Incluso el más joven de entre todos ellos parecía de repente más maduro y responsable. Todos comprendían qué era lo que se esperaba de ellos, y lo aceptaban.

Al día siguiente se ordenó que las tropas de viajeros estivales quedaran inmovilizadas para permitir que las otras tropas, las verdaderas, pudieran desplazarse. No habría

más carreras alocadas hacia la estación ni más sobornos a los conserjes. No más vanas misiones en busca de taxis invisibles ni más horas de demacrada espera en la cola de Cook's.* No salía ningún tren si no era para transportar a las ingentes masas de soldados; a los civiles que no hubieran conseguido sobornar a alguien, y meterse apretujados en un recoveco de alguno de los atestados vagones que partieron la primera noche, solo les quedaba la opción de arrastrarse de vuelta a su hotel, a través de las abrasadoras calles, y, una vez, allí sentarse a esperar. Y eso hacían: regresar, decepcionados aunque también algo aliviados, al rotundo vacío de vestíbulos sin porteros, de restaurantes sin camareros, de ascensores paralizados. Volvían a la extraña y desarticulada vida de los hoteles de moda que, de pronto, habían empezado a actuar con la familiaridad y la provisionalidad propias de una *pension* del Barrio Latino. Mientras tanto, resultaba extraño contemplar la gradual paralización de la ciudad. Al igual que habían desaparecido de las calles los motores, los taxis, los coches y los furgones, del mismo modo abandonaron el Sena sus pequeños y vivaces barcos. Las barcas también se evaporaron, o bien simplemente se quedaron varadas en sus muelles: había cesado cualquier actividad de carga y descarga. Las entradas a los grandes edificios se enmarcaban en un extraño vacío; las interminables avenidas se extendían en

*. Se refiere a las oficinas de la famosa agencia de viajes Thomas Cook, creada a mediados del siglo XIX por el empresario inglés del mismo nombre. Las oficinas de Cook's repartidas por todo el mundo solían servir de punto de encuentro de los turistas, sobre todo británicos.

su longitud hacia espacios desiertos. Nadie se dedicaba a barrer las calles o a recortar los parterres de los parques y jardines. Las fuentes dormían en sus estanques. Nadie alimentaba a los gorriones, que aleteaban inquietos, y algunos perros, desprovistos de repente de sus hábitos cotidianos, deambulaban por las calles, intranquilos, en busca de un rostro conocido. París, tan sumamente consciente aunque, a la vez, tan extrañamente extasiada, parecía haber recibido una inyección de curare que se hubiera extendido por sus venas.

Al día siguiente, el 2 de agosto, asomados a la terraza del Hotel Crillon, pudimos observar un primer y débil intento de regresar al bullicio de la vida cotidiana. De vez en cuando, algún taxi o algún vehículo particular cruzaba la place de la Concorde para llevar a los soldados a las estaciones. Otros reclutas, en destacamentos, les seguían a pie con bolsas y estandartes. Un destacamento se detuvo ante la estatua de Estrasburgo, cubierta con un velo negro,* y dejó una corona a sus pies. En cualquier otro momento, un gesto semejante habría servido para congregarse a una gran multitud, pero en ese instante, cuando se podría haber esperado toda una explosión de patriotismo, no despertó más interés del que habría causado un soldado volviéndose para darle un centavo a un mendigo. Los que cruzaban

*. La estatua de la place de la Concorde representa la ciudad francesa de Estrasburgo. Tras la guerra franco-prusiana de 1870, quedó cubierta de negro para simbolizar la pérdida de las provincias de Alsacia y Lorena, que pasaron a formar parte del nuevo Imperio alemán. Finalizada la primera guerra mundial, con triunfo francés, dicho velo negro fue retirado.

la plaza en esos momentos ni siquiera se detuvieron para echar un vistazo. El significado de esta aparente indiferencia resulta obvio. Cuando una nación se moviliza, todo el mundo está ocupado: ocupado de una manera clara y apremiante. No se movilizan tan solo los combatientes; los que se quedan deben hacer lo mismo. Para cada uno de los hogares franceses, para cada hombre y para cada mujer, la guerra implica una completa reorganización de su vida. El destacamento de reclutas, inadvertido, rindió su homenaje a la causa y continuó su camino.

Al mirar atrás, hacia aquellos primeros días en París, desde la distancia que da el haber superado las penurias de estos meses cargados de dureza, contemplo aquel escenario de solemne arquitectura y de cielos de verano bajo la luz de lo ideal y de lo abstracto. El repentino refulgir de la llama del patriotismo, la interrupción de todas las pequeñas o medianas preocupaciones, lograron despejar el aspecto moral de la situación al igual que se habían despejado las calles, con lo que el espectador tenía la impresión de estar leyendo un poema sobre la guerra en vez de estar enfrentándose a la realidad de la misma.

Algo de este sentimiento de exaltación parecía haber penetrado en el espíritu de las multitudes que recorrían arriba y abajo los bulevares hasta bien entrada la noche. El tráfico rodado había cesado, a excepción de los escasos taxis destinados a llevar a los reclutas a las estaciones; la parte central de los bulevares estaba tan atestada de viandantes como lo estaría un mercado italiano en una mañana de domingo. La inmensa marea oscilaba de un lado a otro a un ritmo lento, quebrándose de vez en cuando para hacer espacio a

alguna de las «legiones» de voluntarios que se formaban espontáneamente en cada esquina: italianos, rumanos, sudamericanos, norteamericanos... Cada grupo presidido por su bandera nacional y, a su paso, jaleado con vítores. Pero también los aplausos eran sobrios: París no se despojaría de la serenidad que se había impuesto a sí misma. Se podía advertir un afán de nobleza consciente y voluntaria en el estado de ánimo de esa tranquila multitud. Una multitud que, por otro lado, era completamente heterogénea, compuesta por individuos que abarcaban todas las clases sociales: desde la escoria procedente de los bulevares exteriores hasta la más selecta crema de los restaurantes de moda. Tan solo dos días antes, todas aquellas personas habían llevado vidas totalmente dispares, y habían mostrado las unas por las otras la más absoluta indiferencia, o puede que hasta un marcado antagonismo. Como extranjeros o como enemigos a ambos lados de una misma frontera. Pero ahora los obreros y los ociosos, los ladrones y los mendigos, los santos y los poetas, los que estaban hastiados de su existencia y los estafadores, el pueblo verdadero y los auténticos fanfarrones, todos ellos, se agrupaban, codo con codo, en una colectividad aunada por un mismo y espontáneo sentimiento. Afortunadamente, eran las gentes del «pueblo» quienes predominaban. Los rostros de los obreros se aprecian mejor en medio de una multitud semejante, y había miles de ellos, cada uno iluminado e individualizado gracias al flash de magnesio que se desprendía de su propia exaltación.

Recuerdo especialmente los firmes rostros de las mujeres, y también el hecho, quizá menor pero muy significativo, de que todas ellas se hubieran acordado de llevar

con ellas a su perro. De entre esos afables compañeros, tan solo los más grandes podían ver algo a través del bosque de piernas humanas. Los otros, si su tamaño resultaba adecuado y si, por tanto, sus dueñas podían sostenerlos en brazos, descansaban cómodamente en el refugio que les proporcionaba el pliegue de un codo y, desde esa posición protegida y privilegiada, cientos de pequeños y graves hocicos, romos o afilados, lampiños o peludos, marrones o grises o blancos o negros o pintos, contemplaban la escena con la tranquila conciencia del perro parisino. Era, sin duda, una buena señal el que aquella noche nadie se hubiera olvidado de ellos.